

Manuel Miranda Sallorenzo: réquiem por un escritor

Hace una semana fueron sepultadas en Santiago la cenizas de uno de los destacados integrantes de la generación Novísima, muerto en Hamburgo. Autor de las novelas *Los Lindes del Amargo* y *El Caruaje del Diablo*, estuvo en la primera fila de las letras jóvenes chilenas en la década del '60.

El viernes 18 del presente fueron sepultadas, en una tumba familiar del Cementerio General, las cenizas del escritor chileno Manuel Miranda Sallorenzo, fallecido hace algunos meses en el puerto alemán de Hamburgo, donde desempeñaba una cátedra universitaria. Nada de esto se supo a través de la prensa: otro olvido de la frágil memoria nacional. En muy posible que, debido a una prolongada ausencia física y literaria, que sobrepasa los dos lustros, sean pocos los lectores que hoy en día recuerden a Miranda. Para qué decir las mismas generaciones de escritores, que prácticamente lo desconocieron. Además, sus obras no han sido reeditadas.

Darío Quao (Luis Richarles Celis), que fue su alumno en el Ieso Darío Salas, dice que nunca tuvo mejor maestro en toda su vida, pero que en verdad, no ha leído mucho de su producción. Sin embargo, es un hecho que durante toda la década de los sesenta, Miranda Sallorenzo permaneció en la primera fila de las letras jóvenes de Chile, tanto por sus frecuentes publicaciones (real un libro al año) como por los premios que a cada rato se adjudicaba, disputándolos y alternándose con Edmundo Alvarado (El Desencuadre) o Luis Vulliamy (Fuerza), otros dos campeones de peso completos en nuestra literatura, también ocultos al olvido por el desolador pragmatismo del momento.

Lo conocí en 1961, cuando acababa de publicar su primer libro, *Los Lindes del Amargo*, un conjunto de siete cuentos sobre la vida cotidiana de los indígenas que había merecido el premio Pedro de Oña, otorgado por la Municipalidad de Valdivia. Yo venía llegando de China, don-

Este escritor de risa contagiosa, movimientos inquietos y mirada a ratos luciferina fue un hombre vital, aventurero, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes y los oficios menores que ejerció, sumado a su caudal de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptivo, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.



de diez años, y nos presenté una noche en el legendario El Bordo Armando Casagrande, amigo común, escritor de nota (Cuaderno de un Hombre Acostado) y editor tanto de este primer libro de Miranda como del primero mío, *Gente Solitaria*, cuya colección Manera, que él dirigía. Casagrande, dicho sea de paso, con su antología *Cuentos de la Universidad*, fue el promotor inicial de la generación de narradores que más tarde José Donoso bautizó como Novísima, en las críticas que escribía para la revista *Exilio*. A ella pertenecían Miranda Sallorenzo, junto a Fernando Jerez, Antonio Skarmeta, Juan Agustín Palacios, Cristian Ruzman, Ariel Dorfman, Antonio Araya, Ramón Reyes.

Hicimos buenas migas aquella noche de vino tinto y charracon, y un poco después, en una feria de libros y artesanías que durante la primavera de ese año se instaló en pleno Parque Forestal, adquirimos el stand de la Sociedad de Escritores de Chile para vender y vender personalmente nuestros libros. Con el poeta Rolando Gámez, que arremetía con Trilobito Breve, su primer poemario, agotamos las ediciones. Desde entonces los tres íbamos a los bastantes inseparables y compartimos torneos, viajes, aventuras, así como también el famoso taller literario de la Universidad Católica en su primer año de funcionamiento, junto con otros escritores de la talla de Antonio Skarmeta, Jorge Teillier, Elvira Dagnino. Le dirigía Luis Dominguez (El Ediccionario), narrador también más o menos olvidado de nuestra generación de los sesenta.

Miranda Sallorenzo, hasta el momento de su exilio en Alemania, fue un escritor prolífico. A vuelo de pájaro, recuerdo algunos títulos de sus novelas: *El Caruaje del Diablo*, tipologización de los pasajeros de autocar en un sector de Santiago; *También los Cómplices*, mirada sobre los problemas de la juventud estudiantil en una ciudad imaginaria, el conflicto que surge entre ellos y el mundo desafiante de los adultos; *David de las Islas*, editada por Quimantú. También recuerdo una frase tenebrosa que él escribió. No sé si pertenece a una novela o a alguno de sus cuentos, pero donde que la leí, se me quedó grabada en la memoria como una potente declaración de amor que brinda el protagonista a una mujer: "Sondaría un país a la orilla de tus ojos, cambiándome como el mar". Y recuerdo, además que esta misma metáfora impactó fuertemente a José Luis Rosasco cuando recién comenzaba a canguerarse con la pluma, como que más tarde la empleó de epígrafe en uno de sus libros. Ignoro la razón por la cual el exilio se las arregló para detener la vertiginosa pluma de Miranda Sallorenzo.

Esta especie de risa contagiosa, movimientos inquietos y mirada a ratos luciferina fue un hombre vital, aventurero, audaz, con una ávida curiosidad por las personas y los lugares. Sus viajes, la experiencia que le dejaron los oficios menores que ejerció durante sus juveniles correrías por Europa (pensador, minero, signomante, mozo de café) sumada a su caudal de lecturas y a su cultura literaria, hicieron de él un narrador especial: perceptivo, espontáneo, digno de lenguaje, singular de perspectiva, profundo.

le Tuviera

aviso 2001

P44

Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor

[artículo] Poli Délano

Libros y documentos

AUTORÍA

Délano, Poli, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuel Miranda Sallorenzo, réquiem por un escritor [artículo] Poli Délano

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa